

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT

EL SECRETO DEL ZARK

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ



DEL COAUTOR DE *AMANDA BLACK*,
EL ESCRITOR CON MÁS DE
2.000.000 DE LECTORES.

DESTINO

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT



**EL SECRETO
DEL ZARK**

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Juan Gómez-Jurado, 2018
© de las ilustraciones: Fran Ferriz, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018, 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2018
Primera edición en esta presentación: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26260-2
Depósito legal: B. 12.643-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SEGUIDME TODOS

La cantina estaba silenciosa, muy silenciosa. Solo resonaba el leve y distante zumbido del motor de *MADRE*. Los cadetes comían sin apenas hacer ruido, sin levantar la mirada de la comida situada frente a ellos. No se escuchaban risas, ni voces. Nada. Una carrera de tortugas mudas no habría sido más silenciosa.

En una mesa ubicada en una de las esquinas más apartadas de la cantina, Tycho, Havee y Blop removían la comida en sus platos. Blop ni siquiera había intentado robar las galletas de VantriCao a sus compañeros. De hecho, tampoco se había comido la suya, y eso sí que era un auténtico motivo de alarma.

—¿Alex estará bien? —La voz de Blop era un suspiro.

—Entiendo cómo te sientes, Blop —lo consoló Tycho—. El profesor Bardurian no permitirá que le suceda nada. Aunque sea un zarkiano, de no ser por él todos los que viajamos en *MADRE* estaríamos muertos.

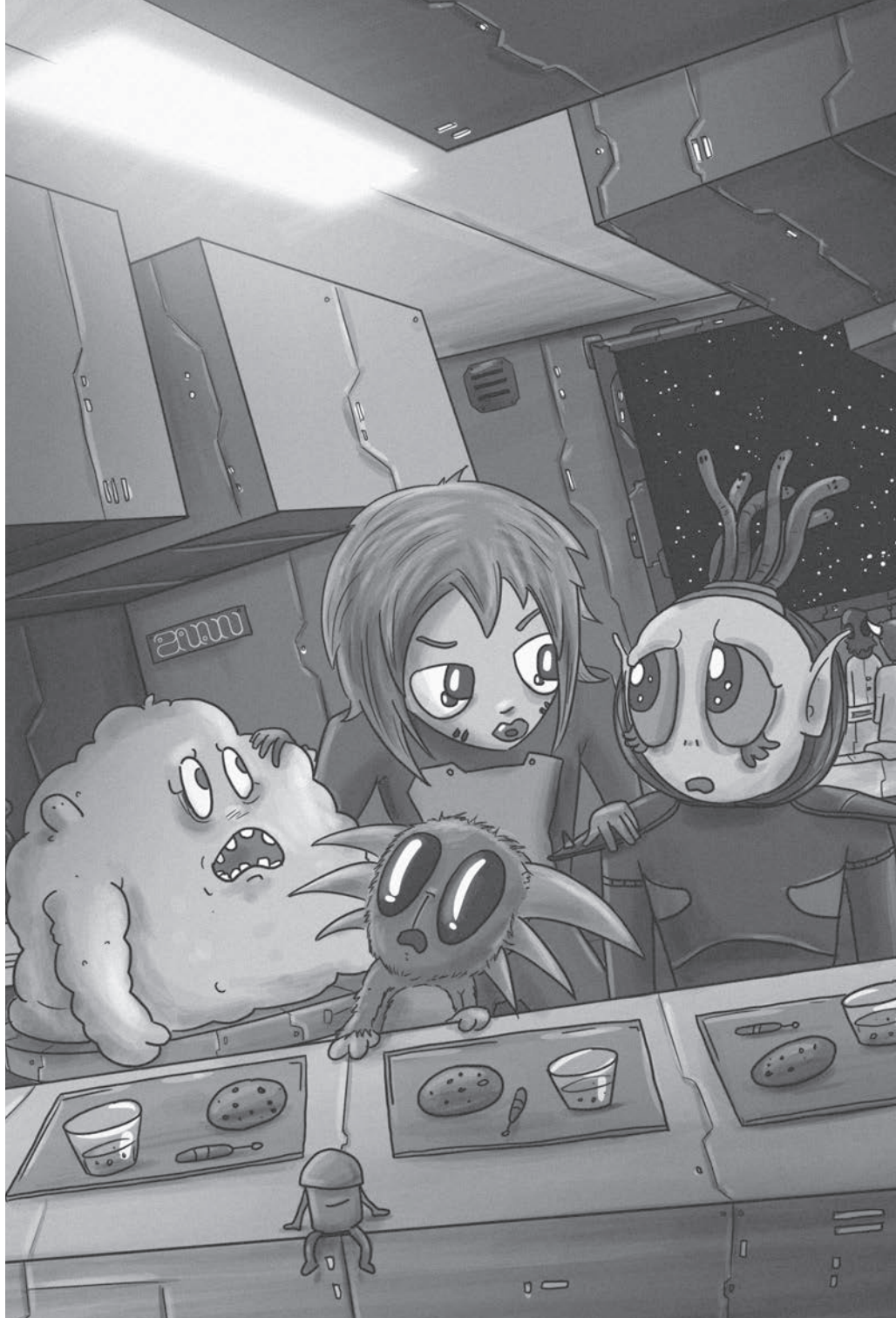
Havee miraba a uno y a otro como si de un partido de tenis se tratase mientras una gruesa lágrima le empapaba la mejilla. Echaba mucho de menos a Alex y tenía mucho miedo por lo que pudiese pasarle; al fin y al cabo, el castigo para un zarkiano era siempre la muerte. Tycho lo abrazó y revolvió el pelo azul de su cabeza a la vez que le susurraba algo en el oído que hizo que una leve sonrisa se dibujase en la cara de Havee. En ese momento, Maia apareció por detrás de ellos, se inclinó sobre la mesa, dejó su bandeja y, sin casi levantar la voz, dijo:

—Seguidme todos. Ahora.

—Pero Mai... —comenzó Blop.

—He dicho AHORA.

Maia hablaba muy bajo, pero a los tres amigos aquello les sonó como si lo hubiese gritado. Era una orden indiscutible. El rostro de la antareana era como una máscara inexpresiva; sin embargo, sus ojos reflejaban toda la furia que sentía.



En su fuero interno peleaban el odio que sentía hacia los zarkianos y el afecto que la unía a Alex. Por ahora iba ganando este último: Maia consideraba que juzgar a Alex por algo que no era culpa suya era una injusticia.

«Él no puede evitar ser un zarkiano. Pero no se comporta como un enemigo. Esto es una auténtica *flink*.»

Y así se lo había hecho saber a todos aquellos que habían querido escucharla, que no habían sido muchos.

Tycho, Havee y Blop siguieron a Maia fuera de la cantina. Blop intentó preguntarle qué sucedía, pero ella le cortó con un seco movimiento de mano y una mirada de soslayo que hizo que Blop temblase más de lo habitual en él. Siguieron caminando hasta que Maia consideró que estaban a salvo de miradas y oídos indiscretos.

—¿Nos vas a decir ya qué sucede? —preguntó Tycho.

—Sí, claro —comenzó Maia—, es solo que no quería que nadie nos oyese.

—Nos has asustado —apuntó Blop, todavía temblando como un flan.

Havee afirmaba con su cabeza mientras permanecía abrazado a la pierna de Tycho. Últimamente no se sepa-

raba de ella, y hoy, con todo lo del juicio de Alex, parecía que necesitaba todavía más el contacto de sus amigos.

—Está bien, está bien... Lo siento mucho, no quería asustaros —se disculpó Maia—. He encontrado un modo de acceder al juicio, pero quería decíroslo sin que *flink* como Ragant y sus amigos se nos pegasen como mocos. Solo nos dejarán pasar si vamos solos y nadie se entera. ¿Creéis que podréis soportar lo que veamos?

Maia los miró uno a uno a los ojos y estos asintieron.

—De acuerdo entonces, vamos.

Maia continuó por un pasillo oscuro, estrecho y lleno de recovecos en los que podía esconderse cualquier cosa. Tras varios giros a izquierda y derecha, Tycho, Havee y Blop se sintieron perdidos. Si Maia echaba a correr, morirían solos y asustados en las entrañas de *MADRE*, pero ella no los abandonó. Cada pocos metros giraba la cabeza para comprobar que sus amigos estaban tras ella. Después de varios minutos de caminar sin apenas luz, tropezando unos con otros y medio muertos de hambre porque apenas habían probado bocado (Blop no podía dejar de pensar en su galleta de VantriCao, sola y abandonada sobre su bandeja), llegaron ante una puerta alta y negra.

Un guardia antareano cubierto por una armadura con extraños dibujos en zigzag y un casco adornado de manera similar custodiaba la puerta. Portaba una lanza y en su cintura se podía ver un zapper de aspecto amenazador.

Tycho, Havee y Blop se pararon en seco. Nunca habían visto un guardia vestido como aquel y no querían terminar ensartados en la lanza o recibiendo un disparo mortal de ese zapper. Aterrorizados, vieron cómo Maia seguía caminando y pasaba junto al soldado, quien primero se cuadró en un ademán marcial y después le abrió la puerta a la niña a la vez que le guiñaba un ojo y sonreía.

—¿Venís o qué? —se impacientó Maia.

Los tres amigos pasaron junto al soldado, que seguía sujetando la puerta y sonriendo. Cuando los tres atravesaron el umbral, el soldado se llevó un dedo a los labios en un gesto universal de silencio y cerró la puerta tras ellos.